EL MODERNISMO EN SALAMANCA
LA CASA LIS

Mª Jesús Alonso Gavela

Aunque el Modernismo en España suele situarse en las zonas mediterráneas o de periferia costera, quisiera que este artículo ensalzara y diera a conocer uno de los muchos ejemplos que tenemos en nuestra Comunidad de Castilla y León. En este caso se trata de Salamanca, pero bien podía ser otra cualquiera de nuestras ciudades-provincia y aún más, como en el caso de Astorga, con ejemplos bien explicativos, como el palacio Episcopal de Gaudí, la iglesia de San Andrés y un largo etcétera.

Nadie duda de nuestro Patrimonio artístico en Castilla y León a lo largo de los siglos pasados: tenemos la historia viva en los monumentos que nos rodean; iglesias, conventos, capillas, palacios, catedrales y un largo etcétera que enriquecen cualquiera de las provincias de nuestra Comunidad.

Pero hoy vamos a saltar en el tiempo y trasladarnos al siglo XX, a los tiempos modernos, a nuestra historia más cercana y, a través de un ejemplo, revivir la fascinación y el asombro ante la belleza. Es este siglo el del afianzamiento de la burguesía, de la vida en las ciudades, del amor por las cosas bellas, de la maestría de los artesanos, de la sutileza en unas clases adineradas que se rodean de lujo y ostentación. El azar y el destino han jugado bazas importantes para encontrar los ejemplos que necesitamos.

Todo cambio de siglo trae consigo unas convulsiones histórico-sociales, económicas y artísticas que asientan unos parámetros de vanguardia frente al periodo anterior. Con los últimos coletazos del siglo XIX, cuando las grandes capitales europeas vivían efervescentes con la construcción de nuevos edificios y el desarrollo de las Exposiciones Universales; en el ámbito arquitectónico, se pasa del estilo ecléctico a las grandes construcciones en acero. Con la aparición del hormigón armado, la arquitectura moderna recibe un impulso definitivo. Por lo que concierne al arte, en una misma época conviven movimientos de signo muy diverso: del neoclasicismo a la abstracción geométrica, del romanticismo a las vanguardias.

Muchas de las premisas sociales y arquitectónicas del siglo XIX estaban destinadas a desembocar en el modernismo, amplio movimiento estético, de difusión internacional, que se desarrolla aproximadamente entre los años 1890 y 1910. Constituye, cronológicamente, un periodo de transición entre los dos siglos, pero también, desde el punto de vista formal, la arquitectura y el arte modernista, recogiendo la mejor herencia decimonónica, preparan el camino a las experiencias más vivas y fecundas del arte contemporáneo. No parece haber un punto de partida único para este movimiento. La burguesía enriquecida y refinada de fines de siglo y muchos aristócratas de distintos países europeos sentían la necesidad de un arte enraizado en el pasado, pero más elegante y de mayor calidad que el ofrecido por los artistas historicistas o por los ingenieros del hierro y del cristal. En este momento hay una cierta resurrección "romántica" en corrientes literarias como el simbolismo, o en actitudes estético-filosóficas como la de "el arte por el arte": la fantasía libre y creadora se despliega paralela a una defensa apasionada del goce y del placer que proporcionan las artes. NO HAY NINGÚN EDIFICIO IGUAL A OTRO.

Como esta base social y psicológica es común a diferentes países, el modernismo surge en distintos puntos de Europa, aun cuando muy pronto las revistas, las exposiciones, la exportación de ciertos productos y los viajes de los artistas van a contribuir a que los hallazgos personales o nacionales alcancen una dimensión internacional.

Es el modernismo, por tanto, un movimiento artístico europeo que rompe con los historicismos y eclecticismos del período anterior; con independencia de las características y denominaciones que el movimiento va a tener en cada pais: *Art Nouveau* en Francia, *Modern Style* en Inglaterra, *Jugendstil* y *Secessionstil* en Alemania y Austria, etc.

Una vez vistos estos conceptos generales, y centrándonos ya en nuestro ejemplo salmantino, la Casa Lis goza de todas estas características que acabamos de señalar y que expondré a continuación. Lo primero y más principal es el encuentro entre dos grandes personalidades: la del promotor, verdadero mecenas cultural, hombre generalmente de ideas avanzadas y de gran posición económica que confía plenamente en el arquitecto que sabe interpretar su gusto constructivo y al que deja total independencia para elaborar la obra. "La colaboración entre cultura e industria fue una característica esencial de la época" , dice Conrad Kent en su libro *Hacia la Arquitectura de un Paraíso*, refiriéndose en su caso a la relación entre el arquitecto Antonio Gaudí y el Conde Güell, su gran protector. También nosotros en Astorga sabemos que si nuestro Palacio Episcopal llegó a levantarse fue por el empeño, el impulso y el ánimo que le infundió el Obispo Grau y Vallespinós. Otro ejemplo muy cercano y que da pie a la "Casa Botines" de León, fue la "sugerencia" que el industrial y financiero barcelonés don Eusebi Güell hizo a Antonio Gaudí para que levantara un "importante edificio a cuatro vientos en el corazón mismo de la ciudad" a sus clientes y amigos, del sector textil, don Simón Fernandez y don Mariano Andrés, herederos a su vez, del fundador del negocio, el industrial catalán, don Joan Homs Botinàs y que por degeneración lingüística hoy conocemos como "Edificio Boti-

nes" en León como he dicho antes. En el caso de Gaudí, como vemos, es tan claro este contacto, que si se rompía la relación humana, se acababa la obra ... En nuestro caso, toman contacto don Miguel de Lis, industrial del curtido que tenía una fábrica de pieles muy cerca del río Tormes y que descubrió las nuevas tendencias artísticas durante sus viajes por Europa, y Joaquín de Vargas y Aguirre, arquitecto andaluz, licenciado en ciencias y arquitecto provincial de Salamanca, buen conocedor de los trabajos de los belgas Paul Ankar y Alphonse Balat. El interés de la elite industrial por unir cultura y comercio, reforma social y expansión industrial, expresa tanto sus aspiraciones ideológicas como las nuevas realidades que empezaban a surgir en este periodo.

Fruto de este encuentro nacerá la casa Lis, adosada a las catedrales. La Casa Lis (1905) es la obra modernista más importante de la capital salmantina. Vigilada por el río Tormes, al mecer de cuyas aguas reposa cada día, el edificio comienza a construirse en los últimos años del siglo XIX por su fachada sur, y se remata en 1905 en la

fachada norte. Todo el edificio rezuma una armonía que se complementó en la década de los años 90, cuando fue sometido a una profunda restauración que le concedió el estado actual, convirtiendo a esta Casa en uno de los edificios más singulares, proporcionados y bellos de la ciudad castellana.

La fachada norte es la que conserva la mayor pureza modernista, y la decoración, tanto de los dos cuerpos de la fachada como de la verja que rodea el patio, muy sencilla, recuerda el Art Nouveau belga. Sin embargo, la fachada sur, que da al río, es la que más llama la atención por la articulación de la galería de hierro y cristal con el robusto muro de piedra, adornado con cerámicas del taller de Zuloaga... y más aún por su espectacular escalinata imperial, necesaria sin embargo para salvar la irregularidad del terreno. Un gran arco de medio punto se abre en el centro del muro con una sugerente escultura de Afrodita en medio de una simulada cueva artificial. Una fachada que corresponde a una concepción clasicista comparable a la que lucían los hoteles parisinos del siglo XVIII.

No he señalado suficientemente que su emplazamiento es verdaderamente singular - se halla sobre la muralla romana tardomedieval - y que su construcción no estuvo exenta de la polémica correspondiente, pues hubo de tirarse una serie de casas pequeñas, sin gran valor artístico, y que resultaba difícil de prever de antemano una construcción de estas dimensiones y grandiosidad. Como he señalado más arriba, la proximidad de la fábrica de don Miguel al pie del río, le hacía buscar este sitio como lugar inmejorable para construir su casa y vigilar, así, desde cerca, sus negocios industriales. En la historia del urbanismo salmantino, está perfectamente fotografiado el antes y después de este acontecimiento; se puede decir que la ciudad pasa de una etapa tradicional en sus usos cotidianos (lavanderas en el río, tenerías) a otra más evolucionada (se abren grandes zanjas para una infraestructura doméstica), durante la que se instala con el cambio de siglo el alumbrado público y el agua corriente en las casas.

El elemento del interior que destaca del edificio es el gran patio central, verdadero eje de la vivienda, en torno al cual, tanto en su piso bajo como en la primera planta, gira toda la vida de este edificio. Sus altas galerías adinteladas apoyadas en columnas de fundición hacen lucir el hierro no sólo como soporte sino como verdadera pieza consustancial del edificio. En su origen, este patio era un espacio abierto, de gran tradición española en las construcciones romanas y modernamente en la Andalucía

del arquitecto Vargas, pero con la remodelación posterior se optó por cerrarlo con una imponente y magnífica vidriera emplomada de Juan Villaplana, maestro vidriero catalán, siguiendo un diseño de Manuel Ramos Andrade, benefactor del edificio y mecenas del museo que posteriormente se instalará en él.

Todo en esta obra es de precioso cumplimiento: el resto de las vidrieras exteriores e interiores forma un conjunto de colorido y luminosidad que otorga al interior de la casa una riqueza cromática con la que el edificio no contaba en la época en la que fue construido. En el piso inferior destaca la decoración de los estucos de las puertas y los frisos corridos, en consonancia con la de las puertas de acceso desde el exterior. Se trata de los elementos decorativos más modernistas de los que se conservan en la actualidad. Llaman la atención sus limpios suelos de mármol blanco.

En la parte superior o "piso noble", sobresale de la galería el diseño de los herrajes, con una representación casi centralizada en toda la barandilla de la flor de lis, en alusión al apellido del propietario y promotor del edificio. Aquí destacan sus suelos de fina cerámica de pequeño tamaño en todas las habitaciones; la belleza y armonía del salón principal, adornado con dos columnas monolíticas de mármol de Carrara; los techos estucados de estilo Fernandino, que aún conserva alguno de los gabinetes; y un largo etcétera que se descubre cada vez que se contempla.

Don Miguel de Lis no disfrutó mucho de su casa, ya que falleció en 1909, y el palacete pasó a ser residencia de otras familias ilustres de la ciudad, hasta que poco a poco fue abandonado y permaneció en el olvido hasta muy recientes fechas. El Ayuntamiento de Salamanca consiguió, mediante la expropiación, salvarlo de la ruina total y decidió acometer una reforma en su totalidad en los años noventa, como ya he dicho anteriormente.

De una manera coyuntural surge la personalidad de un salmantino verdaderamente notable y singular: don Manuel Ramos Andrade (Navasfrías-Salamanca, 1944 –Barcelona, 1998), anticuario apasionado por los movimientos Art Nouveau y Art Decó, que propone instalar en La Casa Lis su magnífica colección de objetos decorativos de finales del siglo XIX y principios del XX. Así es como surge el Museo Modernista de la ciudad, que está considerado como uno de los más completos y bellos en estas materias. El 6 de abril de 1995 abrió sus puertas, y se puede decir sin incurrir en error que es un auténtico reclamo para la ciudad de Salamanca y un espacio donde el Arte con mayúsculas lo invade todo. En él, los visitantes pueden admirar una colección de más de 2000 piezas de artes decorativas representativas de los dos grandes movimientos artísticos de finales del siglo XIX y principios del XX, el Art Nouveau y el Art Déco, repartidas en 20 salas y expuestas en unas vitrinas especialmente diseñadas para acogerlas. Sin duda ninguna es un espacio cosmopolita, tanto por las piezas que se exhiben como por los cuantiosos visitantes que se acercan hasta él.

Hasta aquí, la historia del edificio que me ha motivado enseñarles por su originalidad y buen gusto.

Creo yo que falta una segunda parte de este artículo, y es en lo que se refiere a las diferentes piezas que allí se guardan - todas bien conservadas y de gran interés- , para conocer mejor esta burguesía que decidió vivir rodeada de exquisitas obras en las que la mano de obra artesana llega a niveles de verdaderos artistas. Y sobre todo, invitarles a venir a Salamanca a conocer de primera mano esta Casa-Museo que espero sea de su interés.

Fotografías: Imagen MAS

B I B L I O G R A F I A:

ALONSO GAVELA, MARÍA JESÚS. "Gaudí en Astorga" Ediciones Monte Casino, 3ª ed. Zamora, 2000.

AZCÁRATE, JOSÉ MARÍA de y otros "Historia del Arte" Ed. Anaya. Madrid, año 2000.

Edificio Gaudí de León "Casa Botines". Centro de Documentación de Caja España. León, 1997.

EDITORIAL ESPASA CALPE. "Joaquín de Vargas y Aguirre. Arquitecto español Contemporáneo. Licenciado en ciencias y arquitecto provincial de Salamanca. Electo corresponsal de la Real Academia Española en 1900. Autor de varios notables trabajos entre los que sobresale su "Catálogo razonado de curvas geométricas".

ESCARPIZO, BENITO.- HUERTA, FERNANDO.- SENDO. "Gaudí para jóvenes" León/Gaudí 2002.

"Espai Gaudí". Guía de La Pedrera Autor: Daniel Giralt Miracle Publicación de la Fundación Caixa de Cataluña. Barcelona, 1997.

KENT, CONRAD. "Hacia la Arquitectura de un Paraíso" Ediciones Hermann Blume. Madrid, 1992.

R.R. Revista de Restauración y Rehabilitación. "Casa Lis" Salamanca. Textos de Pedro Pérez Castro y Chloé Signès. Nº 86, abril del 2004.